

La magia de lo inefable en cuestiones educativas

José L. González-Geraldo

Universidad de Castilla-La Mancha

1. De la casa al hogar

Soy una persona de radio. Grandes y pequeñas. Nuevas y antiguas. Listas -smart- y tontas, como se dijo de aquel invento llamado televisión, hoy fagocitado por sus propios vástagos *infómatas*. Radios, sí, distribuidas estratégicamente por toda la casa y casi siempre con distintas emisoras, permitiéndome zigzaguear de buena mañana hasta llegar al primer café con la ufana sensación de estar, pervirtiendo a Freire, *con* el mundo. El mundo, cosa llena de cosas, *casa* de todas las cosas, al fin y al cabo.

Fue precisamente en una tertulia radiofónica, con Alsina a la cabeza, cuando escuché un interesante debate sobre qué *cosa* es lo que convierte una casa en un hogar concreto, personal e intransferible, aunque también dado a ser compartido e incluso duplicado. Tu refugio, tu isla, tu rincón *del* mundo.

Las respuestas, curiosamente, no fueron tan variopintas como esperaba. La cama, donde uno dormita y descansa, así como la mesa, donde uno se alimenta y cavila, fueron de las primeras en salir y repetirse. Una de las parroquianas, cuyo nombre no recuerdo, rompió el consenso al señalar el frigorífico. En principio creí que algo de razón tenía, pues es la *cosa* desde la que nuestro ser se nutre; el motor del hogar, creí intuir. Marré.

Eligió *su* frigorífico no por el contenido, sino porque perteneció a su abuela. No por su utilidad, tampoco por su eficiencia, sino por el recuerdo, por el respeto de un hogar que, como todos, es imposible de entender sin la historia de los que lo habitan y el legado de quienes los precedieron.

Ahora bien, centrando el debate: ¿cuál es la *cosa* que transforma la escuela en algo más, cuyo nombre no encuentro, ese *hogar* pedagógico que explica tantas cosas de la persona que hoy hemos llegado a ser y de las que nunca seremos?

2. De la escuela y sus cosas

Pues ahí nos centraremos: en la escuela. No como modelo de cuestiones educativas, sino como referente ineludible de nuestro pasado formativo, fácil de identificar y acotar, compartiendo así los dos puntos finales de la primera ponencia en los que se señala la necesidad de incentivar la escuela como lugar habitable al mismo tiempo que se anima a repensar la relación de la educación formal con otros espacios de aprendizaje (Lozano, Tort y Trilla, 2022).

Dicho esto, ¿qué *cosa* -a ser posible solo una- elegiríamos que pudiera identificar inequívocamente nuestra escuela? Una percepción intersubjetivamente compartida que, podríamos argumentar, bebe de una *Umwelt* (realidad percibida) ya no propia de la especie, sino de una promoción específica -quinta-, igual y distinta de otras tantas, todas ellas aspirantes a desvelar la *Umgebung* (realidad global), prohibida por definición. Una realidad vetada que todo lo impregna y que, coincidiendo con el visionario Philip K. Dick, sigue ahí cuando dejamos de pensar en ella (citado en Patino, 2020, p. 98).

Esas cosas, la *cosa* elegida, nos *afecta* profundamente. Tanto en su connotación positiva como negativa, melancólicamente imbricadas. Nos atraviesa y, gracias a una predisposición afectivo-analógica, nos hace sentir de manera plena: «Lo *afectivo* es esencial para el pensamiento humano. *La primera afectación del pensamiento es la carne de gallina*» (Han, 2021, p. 53). Sin esa cosa, -y por tanto sin su efecto- *tu* escuela sería otro lugar: presidio de aquel o paraíso del otro, pero ya por siempre nunca tuya.

Así, la importancia de los vínculos con las cosas deriva en una relación peligrosa -políticamente incorrecta, ideológicamente adumbrada-, necesariamente *posesiva*: «En la era de las no-cosas puede percibirse un tono utópico en la posesión. La intimidad y la interioridad caracterizan a la posesión [...] Pero solo las *cosas discretas* pueden cobrar vida por un intenso apego libidinal» (Ibíd., p. 28).

De ahí la necesidad del juicio previo a la elección, la pertinencia de entender que no fueron muchas cosas las que hicieron *nuestra* escuela. Al igual que con los buenos amigos, esos que se cuentan con los dedos de una sola mano, nuestra relación con las cosas también entiende de jerarquías en función de la cercanía -y lejanía- que con ellas establecemos.

3. Al alcance de la mano, enfrente

En educación, tal y como también reconoce la tercera ponencia (Sánchez-Rojo, García-Gutiérrez y Martín-Lucas, 2022), las barreras entre la educación presencial y a distancia son cada vez más permeables. Conceptos como síncrono-asíncrono conviven con los antes mencionados para dar lugar a situaciones de aprendizaje en las que la presencialidad -en el tiempo- coincide con la distancia -en el espacio-. Es por ello que la relación con esas pocas, pero intensas, cosas de nuestra escuela deba no solo considerarse en términos de cercanía, sino también de lejanía e incluso desde un eje de enfrentamiento.

El genial y polémico Francisco Umbral nos ayuda al respecto. Si aceptamos que: «El hombre es un ser de lejanías, dijo el otro [Heidegger]. Sí, el hombre es un ser de utopías, de distancias, de “proyectos líricos”. El hombre tiene que aprender a ser criatura de cercanías, pastor de lo inmediato» (Umbral, 1975. p. 11), aceptaremos también la necesidad de mantener las distancias cortas en cuestiones educativas o, dicho de otra forma, de tener todo lo importante “al alcance de la mano”; esa misma mano que nos permitió en su momento, sin mediar palabra, transitar el camino de la humanidad (García-Carrasco, 2018).

La mano -manipulación- no puede por tanto pasar desapercibida a la hora de replantear el papel de las cosas y, lo que es más importante, algo que también preocupa a la segunda ponencia (Esteban-Ortega, Planella-Ribera y Romero-Pérez, 2022), cómo gracias a ella, a su manejo, se desarrolla nuestro modo de existencia y de *ser-en-el-mundo*:

El “ser-en-el-mundo” de Heidegger consiste en “manejar” cosas que están “*vorhanden*” [simplemente presentes] o “*zuhanden*”, que están para usarlas con las manos. [...] El *Dasein* (el término ontológico para el hombre) accede al mundo circundante por medio de las manos. Su mundo es una esfera de cosas. Pero hoy se habla de una infoesfera. Hoy estamos en una infoesfera. (Han, 2021, pp. 15-16)

Ahora bien, el verdadero peligro del mal uso de los medios digitales no es el incremento o reducción de la distancia física, sino el de la *destrucción* de la propia noción de distancia: «El hombre es un ser *cercano*. Pero la cercanía no es una ausencia de distancia. La proximidad y la distancia van juntas. Así, el hombre, como ser cercano, es al mismo tiempo un ser *lejano*. [...] La comunicación digital destruye tanto la cercanía como la lejanía al hacer que *no haya distancias*. La *relación con el otro* presupone una distancia» (Ibíd., p. 74).

Además, al mismo tiempo que se evaporan las distancias se elimina la negatividad que hemos de presuponer que tienen todas las *cosas*, en especial aquellas que más nos afectan:

El mundo se compone de cosas en tanto que objetos. La palabra “objeto” deriva del verbo latino *obicere*, que significa echarse hacia delante, oponerse, ser contrario. La negatividad de la resistencia le es inherente. El objeto es originalmente algo que se me opone y se me resiste. Los objetos digitales no tienen la negatividad del *obicere*. [...] Pero justamente la *negatividad de la resistencia* es constitutiva de la *experiencia*. (Ibíd., p. 37).

Experiencia que el propio Han, en *La sociedad paliativa* (2020), distingue de la mera vivencia, que no es sino un mero pasar por los días como si de un infierno de lo igual se tratara. Conceptos entre los que median otros muy mal entendidos y maltratados, como el del *dolor*, cuya reflexión precisa de otra forma y un mayor detenimiento. Experiencia cuyo disfrute conlleva necesariamente una relación intensa con las cosas que, de cerca y de lejos, promovemos a través de un sentido en particular.

4. La tiza

Hace años, en una de mis colaboraciones con el Museo Pedagógico y del Niño de Castilla-La Mancha, el mismo que acertadamente aparece en la primera ponencia como ejemplo de buenas prácticas, elaboré un breve prólogo para antología de recuerdos escolares *Una tarde parda y fría* (Geraldo-Denia, 2014), y cuya trilogía se completó con *Antón pirulero* (2015) y *Érase una vez* (2018). En él, incluí el siguiente poema, titulado *sinsentido*:

Mi escuela huele a plastilina,
sabe a chocolate,
y todavía siento tiza en mis manos.

Mi escuela sigue ahí.
Aunque no la veas.
Debes creerme.

Cada día,
a cada instante,
mis alumnos la escuchan por ti.

Estos recuerdos evocan una escuela llena de cosas, muchas más que las que se mencionan: plastilina, chocolate y tiza. Esas son mis cosas, esa es mi escuela... pero también la que llevo cada día conmigo a mis clases incluso cuando nuestras lecciones nada tienen que ver con onzas de chocolate o trozos de plastilina.

La tiza es distinta. Un fino hilo une los escenarios, donde habitan las cosas. La tiza. Ya no tanto por su tacto, recurso estilístico para completar el *sinsentido*, sino por su olor, como también, hoy me doy cuenta, huele el chocolate. Un aroma que, de vez en cuando, como en esas raras ocasiones en las que muevo la pantalla del proyector para resolver de manera gráfica alguna duda, vuelve a mí -a nosotros- al coger la tiza. La tiza, mi magdalena, convirtiendo un aula cualquiera en aquella escuela que hoy, en su más lúdica acepción, recreo.

Umbral, en otra obra donde narra la infancia de aquellos días de posguerra sin escuela, resaltando el papel de una simple espada de madera, nos ayuda de nuevo: «...era una calle que olía a sal y a esparto y a colegio [...] Digo que la calle olía a sal y a esparto, y todavía debe seguir oliendo así, con lo que ha llovido desde entonces...» (Umbral, 1965. pp. 6-7). Si la relevancia de las cosas en educación es innegable, no lo es menos la relación que estas tienen con nosotros a través de los sentidos y, en especial, a través del olfato. Aceptémoslo, nos basta con entrar con los ojos cerrados para saber, por el olor, si estamos o no en *casa*: «... porque los olores y los sabores [...] son lo único que a la criatura humana le queda de su larga o corta vida, de su lejana o inmediata existencia [...] apenas los elementos imprescindibles para componer una canción muy corta y más bien mediocre...» (Ibíd., pp. 15-16).

Ya no se trata de la cosa en sí, ni de si esta encaja mejor como objeto, espacio o cuerpo, tampoco de si está cerca lo lejos -¡pero está!-, sino de la relación de apego, de *posesión* -peligrosa palabra-, de proximidad a la esencia de lo humano. De la magia, en definitiva, que los seres entablamos con el mundo para conformar *nuestro* mundo. Una magia en ocasiones inefable, imposible de desnudar con palabras, pero también tangible y con un

aroma tan inconfundible como personal e intransferible, dado a ser compartido y no siempre duplicado.

5. Referencias bibliográficas

Esteban-Ortega, J., Planella-Ribera, J. y Romero-Pérez, C. (2022). El cuerpo y las cosas en educación. *XL Seminario Interuniversitario de Teoría de la Educación*. Salamanca. [En edición].

García-Carrasco, J. (2018). Por echar una mano nos hicimos humanos, sin mediar palabra. *Bordón, Revista de Pedagogía*, 70(1), 11-23. <https://doi.org/10.13042/Bordon.2018.54146>

Geraldo-Denia, M. P. (2014). (Coord.). *Una tarde parda y fría*. AMUNI/Diputación de Albacete.

Geraldo-Denia M. P. (2015). (Coord.). *Antón Pirulero*. AMUNI/Diputación de Albacete.

Geraldo-Denia M. P. (2018). (Coord.). *Érase una vez....* AMUNI/Diputación de Albacete.

Han, B. C. (2021). *No-cosas*. Taurus.

Han, B. C. (2020). *La sociedad paliativa*. Herder.

Lozano, M., Tort, A. y Trilla, J. (2022). Lo material en la educación. *XL Seminario Interuniversitario de Teoría de la Educación*. Salamanca. [En edición].

Patino, B. (2020). *La civilización de la memoria de pez*. Alianza.

Sánchez-Rojo, A., García-Gutiérrez, J. y Martín-Lucas, J. (2022). La materialidad de lo digital en educación. *XL Seminario Interuniversitario de Teoría de la Educación*. Salamanca. [En edición].

Umbral, F. (1965). Días sin escuela. *Tierras de León*, 6(5), 86-10. [Edición ebook citada].

Umbral, F. (1975). *Mortal y rosa*. Cátedra.